





*Virus*  
*del sentimentalismo*

**Juan Arias Bermeo**

## *Virus del sentimentlismo*

Juan Arias Bermeo

[www.lovochancho.com](http://www.lovochancho.com)

[www.kantoborgy.com](http://www.kantoborgy.com)

lovochancho@lovochancho.com



Bípedos Depredadores

**Editorial Bípedos Depredadores**

Primera Edición: Noviembre de 2010

Prohibida la reproducción parcial o total  
de esta obra sin el permiso por escrito del autor.

**Autor:** Juan Arias Bermeo

**Cuadro de portada:** "Metamorfosis completa", Katy Vivar

**Diseño y Diagramación:** Margarita Silva Telf.: 3227-372

**Impresión:** Artes Gráficas SILVA 2551-236

ISBN 978-9978-391-01-3

Impreso en Ecuador

*Amanecer alerta entre las flores,  
siendo el amo de lo que se explora.  
Solo ante el día en que se está despierto,  
naciendo irrepitable para regir en lo crudo.  
Pasible otra vez tras reparador viaje onírico,  
retoñando con la eufonía de los jilgueros.  
Vislumbrar a la golosa ardilla con su nuez,  
presentir al lobo gris trotando tras su presa ,  
imaginar al oso negro atiborrándose de miel,  
oír el himno de los habitantes del bosque,  
danzar con los colores de la mañana invicta,  
ascender con los árboles a tomar baños de sol,  
sentir al venero entrando tremulante al hogar,  
contemplar en el oleaje verdeazulado del vate.  
Las ventanas abiertas al silencio de la hojarasca  
beben del aire aromatizado por yerbas invisibles,  
se han quitado de la influencia del próspero  
para emerger del pozo de luz que enceguece.*

J.A.B.



# Índice

Placidville I .....	9
Domo de El Panecillo I.....	55
Placidville II.....	101
Domo de El Panecillo II .....	111
Placidville III .....	119
Domo de El Panecillo III.....	135
Placidville IV .....	143
He aquí mi palabra, llévatela! .....	159



# Placidville I

Estamos alertas, Saqueador, hermosa criatura el heraldo de la Parca, sus trompetas dieron el aviso de la pronta retirada a ese no sé dónde que promete a tu ser libérrimo el retorno a la perenne soledad. Languidece la luna en este punto marmóreo de la pradera septentrional estadounidense, nos disponemos a acariciar el hechizo del mar de pastizales contoneándose en el horizonte. Oh cuna de ondulaciones floridas en el dilatado amanecer de Brecha de Búfalo! El hombre viene apagándose sobre la tumba idealista en el que se transformó el otrora caserío vital de Placidville. Fenece el sujeto abriendo sendas ventanas a los antípodas de su patrimonio aristocrático; ventana a la quinta y jardín botánico, San Agustín: natural fabrica de perfumes venusianos, enclavada en el corazón del valle andino subtropical seco de Malacatos. Ventana a la pradera de las cuatro estaciones nórdicas que nos vio nacer.

Ya pudimos desdoblarnos, ser el que observa ingrávido y el que fallece en la piel del sujeto aún en tierra y, por inercia, hacer entrambos la secuencia final del Saqueador (estupendo sobrenombre, así nos motejaron para la posteridad los paisanos de la provincia de Loja, con implícita veneración por su gesta: ser el único hombre que se sirvió del tesoro mítico de Quinara, siendo que tomó su tajada sin que ningún otro guaquero esté en condiciones de imitarle). Estamos flotando ingrávidos y a la vez

apoltronados en la mecedora móvil, frente al incendio boreal que anima el supremo acto, sufriendo con los ojos abiertos adentro y afuera. Venimos contemplando a nuestro albedrío los escenarios de los adioses, con el doble par de ojos que dominan arriba y abajo, aquí y allá; el pasado y el presente fundiéndose con el futuro en los instantes postreros del Saqueador.

El espectáculo de la bóveda celeste empezando a pintar lo que será un día eléctrico, azul, se apagará en nosotros para renacer en el resplandor del lobo dominante de la manada druida. Tenemos a nuestros ojos simultáneamente sirviéndose de los vívidos matices del amanecer en la constante primavera de San Agustín y en la estacional primavera que recién visitó a Brecha de Búfalo. Allá, los ribereños saucedales que dejamos a buen recaudo de la explotación a ultranza, aún se preservan aguardando el arribo de Ana; aquí, se ha transfigurando la desolación del hielo en herboso horizonte, henchido de flores silvestres que retoñaron con el viento tibio que mece los cabellos lacios de la pradera virgen.

El polar inquilino se esfumó con su furia petrificante, dando paso al graznido de escuadrones de cisnes regresando al magnético norte. Idos los violines mortecinos del general Invierno, se precipitó a la pampa el mundo animado, salvaje, bullendo en rededor del sepulcral caserío de Placidville. Nuestra pradera, la de los ojos de la infancia, niñez y adolescencia, reverdeció devolviéndose al paisaje intacto del agua cristalina del arroyo Sage, serpenteando con la música de fondo de jilgueros y el intermitente reclamo de la manada de lobos druidas. Cuán gracioso se pinta Pincho, allí, tendido a los pies del amo, en reposada vigilia, gruñendo quedo, abriendo un ojo cada vez que los aullidos mañaneros de sus indomables parientes lo llaman a encontrarse con las tibias corrientes aéreas que acarician la renovación biológica. Esta crujiente inflorescencia naciendo tras los ventanales hace olvidar rápido la noche despiadada que impuso el genio polar a la pradera. Merced al campo de fuerza magnética que cubre a la

aldea, nos sujetamos a invernar en esta cueva caliente y bien provista de vituallas, sujetos a esperar la aparición de la primavera y con ésta el advenimiento del heraldo de la Doña que nos mandó a mudar a nosotros también.

Placidville amanece silenciosa como el cadáver que es en su sarcófago cibernético. Ana se dirige a la cocina, le dice bajo a Pincho que la acompañe, éste responde con gracia estirándose y enseguida sacudiendo su cabeza lobuna, aleteando con deleite sus grandes orejas. “Ven a desayunar, animalito, tenemos una larga jornada por delante”. A nosotros nos dio un beso de los buenos amaneceres susurrando, “tus ojos todavía despiden poesía”.

Por cima del fantasmagórico pueblo, que rindió pleitesía al ángel exterminador cobijándose en la salida dulce al conflicto de existir, receptamos las trompetas de la Parca que confirmó nuestra voluntad en lo que toca a la suerte última, viviendo a tope el instante corpóreo en lo que es, hasta el suspiro postrero, Teodoro Morris. Éste ha convivido bien con sus retrospecciones subtropicales que lo visitaron desde que suspendió su instancia aristocrática en San Agustín. Aquí estamos afinando percepciones, las puertas están del todo abiertas, ubicados en zona de privilegio en el conjunto que hicieron nuestras pequeñas felicidades. Vermi Hood no entendió que se puede ser moderadamente feliz, encarnado, coleccionando atardeceres en la vista de borricos ensimismados en su melodía, perdiéndose en sombreada senda de ciruelos entre sembrados de caña de azúcar y tabaco.

Nosotros, en este punto enlosado de la pradera, fuimos el solitario contradictor de la abominación de Placidville: el virus del sentimentalismo. Todo lo que logramos de quinta San Agustín sirvió de estímulo para enfrentar la demente condición humana que desató Vermi Hood. Todavía estamos masticando las sensaciones de la molienda de Dioniso. La magnificencia que alcanzó ese pedazo de tierra fértil fue el fruto del árbol que sembramos con el oro de Quinara; lo asentamos en las crónicas del

## 12 *Virus del sentimentalismo*

virus del sentimentalismo. *Jóvenes, el oro está dentro de sus corazones valientes, la guaca es uno mismo porque el metal corrompe si el que lo recibe no tiene condumio en la mollera.* Ana sabrá traspasar los borradores al papel y/o al formato electrónico de la editorial Casa Azul; o si no que los deje tal como están, sin más adornos que salgan inéditos, para eternas memorias, en el ciberespacio de los Bípedos Depredadores.

Nuestro oro sirvió a las necesidades aristocráticas del hombre que cultivó la leyenda del Saqueador, a la gente vulgar no le entra en el caletre que apenas tomó el justo pedazo que requería del tesoro inca para sus propósitos terrenales. ¿Cómo se puede dejar una montaña de material precioso sin minarla hasta sus cimientos?, es la cuestión latente entre los explotadores a muerte, con su máxima de la producción incesante, “yo trabajo!”, el polo opuesto de la sentencia del ocio incesante, “yo vivo!”.

No regresamos por otra carga de oro porque hubiésemos palmado de sobredosis, en caso de que la puerta a la aristocracia se abra dos veces al mismo beneficiario. No volvimos a probar de ese tesoro que al cabo quedó casi intacto, lo relevante fue que haberlo hecho una sola vez fue suficiente bendición. De ese convencimiento de que lo fundamental era tener lo necesario para explotar la mina casa adentro —de lo contrario el oro se transformaría en una maldición que destruiría al que lo sacó de su reposo—, creímos prudente no guardar silencio sobre un sueño materializado por obra de nuestra ambición. El Saqueador acabó donando a su guía y amigo, Bartolo Jiménez, el mapa del tesoro, con las señas que pudo rescatar de la ubicación del mismo, aclarando que el dibujo tenía su carga subliminal, pues lo levantó de un sueño porque así fue su estado eufórico desde que tuvo la visión del oro sagrado hasta tomar lo que le correspondía de éste. El mapa que hizo para llegar al sitio del tesoro todavía se exhibe en el pueblito de Quinara, yace en la afamada hostería La Máscara de Quinara, la que se fundó para atender la demanda de guaqueros que provocó la noticia de que el oro es real y

aguarda a ser reclamado por otros diferentes a Teodoro Morris. Bartolo montó la venta, La Máscara de Quinara, con el cheque “por liquidación de servicios” que le extendimos a fuerza de ser gratos con un ex socio de excavaciones. Encontrando, éste, que su verdadera mina fue “El mapa del tesoro!” y no el oro en sí de Quinara, pues atrae a soñadores y endemoniados provenientes de distintos puntos del orbe.

“**El mapa del tesoro**, es suyo; por lo demás, le toca a cada quien saber si se le abren o no sus magnificentes puertas. Solicite una copia del mismo en recepción”, reza el cartel adjunto al original del dibujo que levantamos y que se exhibe, bajo llave, dentro de su ánfora de cristal.

Nuestro tesoro está reluciendo en los sembrados que hacen los productos de exportación de quinta San Agustín, en las nombradas marcas de origen: Reposado Aguardiente Agustino; y el tabaco de cachimba, y los cigarros artesanales, Toboso. Productos para pudientes, exclusivos, poco populares, y, por eso mismo, necesarios para mantener el ocio incesante de la crema de las letras del sur-sur, fábrica de dolores sublimes que fundamos para trascender en lo que nos corresponde, la posteridad.

Levantó la mañana en nuestra mansión subtropical. ¡Qué lucidez a cuatro ojos!, en medio de las tinieblas libidinosas de Vermi Hood; el muchacho se dio el gusto de irse apagando la luz de Placidville, hundiéndose en la nada con los otros descastados que sucumbieron a los hechizos del goce virtual. Tanto en los sótanos de la muerte hedionda de los engendros de la leva de Vermi, como en la muerte en la claridad entrante de la llanura germinando, el dolor de abandonar (el saco de inmundicias en la suerte de ellos, el saco de Dioniso en nuestro caso) ha sido imperceptible. Ellos perecieron esclavos en su carne lívida; abrazando, inertes, el paquete de fantasías que recibieron gratuitamente de su santificación; nosotros nos vamos con el esclarecimiento de haber vivido a semejanza de lo que somos: simiente de Dioniso.

Nos viene natural esta salida del Saqueador. Pincho percibió el desdoblamiento —más con su olfato que con la vista—,

batiendo la cola escudriñaba en el aire al observador que flota en la amigable atmósfera que otorgó la Doña. Ana sospecha nuestro corriente monólogo; ella sabe que el posible dolor físico del moribundo está biológicamente controlado, hallándonos bajo el influjo de la precisa dosis de cordura ofrendada por los batracios de la alta amazonía que, el gótico insobornable, Olegario Castro, nos remitió con palabras proféticas: “Para que salgas en juicio del cuerpo que te llevó a la cumbre de la vida”. Y vaya que estamos en juicio en la prímula del adiós, y no consiste en otra cosa que hacer uso del derecho inalienable que tiene el sujeto a marcharse en pleno usufructo de su ser por fin desdoblado en integración... Sí, nos repetimos a cuatro ojos, de eso se trata los círculos de la existencia concreta en franco desdoblamiento, afirmarnos con lo que ya sufrimos. Ana nos regala el olor de Cazaderos, el que el Saqueador dijo haber capturado siendo ella el súmmum de la *Acacia macracantha*. Ana es café y música salvaje; Pincho es el celoso guardián de la villa, cuida que no se perturbe la salida natural que hace su jefe de manada. Con Ana ambulando reinan el olfato y los oídos. Controlamos la situación de la última realidad encarnados, no es que se ha desatado una sarta de imágenes a trochemoche a una velocidad de panóptico, guiamos un velero en alta mar a sabiendas de que tiene destino.

Ya te enfocamos en gran angular mi peludo Lucio... ¿vienes a abrevarte? Qué lanudo sentimiento es este onagro que jubilamos para que asendee al amparo de la sombra que proyecta el cerro de La Mina, y se entretenga donde más le place en los jardines moros que rodean la mansión blasonada de San Agustín, y beba del agua de vertiente en la pileta que volverá a mineralizar el cuerpo prieto de Ana de Cazaderos.

Allá, distancia, radica el génesis de nuestra aristocracia. Allá, distancia, materializamos la idea que el Saqueador se hizo de la Antigüedad, su Antigüedad montando la cofradía literaria de Los Alverjeros. Amaneciendo viene la Casa Azul en el parque del pueblito de Malacatos que se creó para que tengamos este

corolario en Placidville. Aquí, la abominación de Vermi Hood, reconcentrando su poder criptógamo en la burbuja de cristal que, en el lenguaje de aquel enterrador, fue la solución idónea al problema de existir huyendo de la soledad, y queriendo extirpar de sí el sentimiento de no vivir acompañado fue a dar en el sentimentalismo a morir, inyectándose una sobredosis de fantástica felicidad. Qué horripilante es el rostro cadavérico del Vermi fanático de su extra-dulce muerte frente a la faz expresiva del peludo asno. El buen Lucio transmitió su alcuernia manchega: su progenie heredó esa bella parada, es la imagen viva del burro alegre la que pervive en sus lanudos descendientes. Vamos bien, ingrátidos por arriba; arrellanados en la ergonómica mecedora del mudable amanecer, aquí abajo. Conscientes de la disolución del cuerpo que nos brindó tan buenos servicios, tanto al mecenas Saqueador como al sátiro ojiazul asiduo de los placeres afroditas de la *casita blanca* — oh, Flor del Catamayo!—. Sin esta funda viscosa y pudrible no hubiésemos coronado ese posible, probar del fruto esencial de la tórrida depresión de Cazaderos, en una primavera que parecía arrebatarnos la fijación de poseer, tras un gemido pasmante, el todo femenino.

Ana controla el desenlace de nuestro acto fundamental, es la sobria sacerdotisa del ritual pactado a la hora de cerrar el concurso de Teodoro Morris en el sepulcral escenario de Placidville. Ella es solidaria con el hombre que le delegó llevar a cabo el programa exequial de su cascarón, cual concluirá con la dispersión de sus cenizas en los jardines agustinos. Más tarde, una vez ejecutada la cremación, junto al guardián Pincho portará en una funda de mano los restos reducidos a la mínima expresión del Saqueador, abandonará la pradera Brecha de Búfalo, y saldrá del suelo estadounidense para retomar las riendas del patrimonio que de repente dejamos en Malacatos. Mañana, el producto mineral de nuestro cascarón, abonará el espacio del individuo vegetal predestinado para recibirlo en la avenida de árboles de arupo, donde alguien cantará, *renaceremos en los estambres rosados frente a los estambres blancos*.